

Por aquellos dias tuvo Napoleon otra conferencia con Izquierdo, y preguntándole si los españoles le querrian como á soberano suyo, replicóle este con oportunidad que elogia el conde de Toreno: *con gusto y entusiasmo admitirán los españoles á V. M. por su monarca; pero despues de haber renunciado la corona de Francia.* «Imprevista respuesta, dice el historiador mencionado, y poco grata á los delicados oídos del orgulloso conquistador.» Luis Bonaparte rehusó la propuesta de su hermano; pero este no era hombre para renunciar á proyectos una vez concebidos. Napoleon salió de Paris el 2 de abril con direccion á Burdeos, despues de haber escrito á Murat la prudentisima carta de instrucciones, fecha 29 de marzo, cuyo extracto hemos dado en el tomo anterior (1). El objeto del emperador al dirigirse á un punto tan cercano á la frontera, era observar mas de cerca el aspecto de los negocios, siendo escusado decir lo admirablemente que le serviría para la realizacion de sus designios la protesta de Cárlos IV enviada á sus manos por conducto de Murat. En la carta con que fue acompañada, ponía el destronado monarca su suerte, la de su familia y la de la nacion entera al arbitrio del emperador, y tanto mas le autorizaba á obrar como mejor quisiese, cuanto ni aun reclamaba el trono que acababa de perder; especie que á haber sido puesta, hubiera creado un gravisimo compromiso á Bonaparte, que tanto interés tenia en aparecer equitativo á los ojos de Europa; pero el general Monthion tuvo buen cuidado en descartar aquel documento de toda espresion que pudiese obligar á su amo á conducirse de otra manera que la que le dictase el capricho.

La vergonzosa y culpable correspondencia entre una parte de la régia familia y el príncipe Murat (2), acabó de poner patente á los ojos del gefe de la Francia el vilipendio y degradacion de todos sus individuos, siendo ocioso tambien indicar hasta qué punto deberia influir en que este se ratificase en la idea de ocu-

(1) Páginas 452 y 453.

(2) Llamámosla *vergonzosa* por la falta de dignidad que en toda ella se observa; *culpable*, porque las cartas de la Reina contienen una multitud de párrafos, cuyo pensamiento dominante es irritar al emperador contra Fernando, acusándole con razon muchas veces, pero ante un tribunal incompetente, el de un general extranjero. La patria demandaba otra conducta, y Maria Luisa en sus comunicaciones olvidó que tenia patria.

Nosotros concebimos muy bien que los reyes padres se interesasen vivamente por la suerte del príncipe de la Paz, y nada nos causaria sorpresa en la que tanto deliraba por él, si se hubiera limitado á impetrar la mediacion del gran duque para libertar á su amigo, haciéndolo en términos decorosos y sin comprometer los destinos del país. El valido, segun ella, padece y está espuesto a morir por la razon potisima *de haber sido fiel á los franceses*, y esto lo repite hasta la saciedad en todas sus cartas, siendo fácil de inferir el objeto que se propone al espresarse de ese modo. Los padecimientos del rey destronado y los de ella no reconocen tampoco otro motivo: *padece*, dice Maria Luisa á Murat, y se lo dice repetidas veces, *porque somos amigos de V. A., de los franceses y del emperador.* La consecuencia inmediata que *las dos sagradas é incomparables personas del emperador y del gran duque* deben deducir de especie tan siniestramente alarmante, al alcance de todos está; pero Maria Luisa quiere ser mas esplicita, y anuncia teminadamente ser preciso que Napoleon *dé sus órdenes*, porque *Fernando es enemigo del emperador y del gran duque*, y está *á la cabeza de todos los enemigos de los franceses*, y habla con bastante desprecio de *las tropas francesas*, y no sería de extrañar que acometiese algun atentado contra ellas, cuando la detestable faccion que le rodea *no es mas amiga de la Francia que lo es Fernando*, á pesar de todo lo que digan en la Gaceta, *pues solo el miedo del emperador les hace hablar asi*, y á ese miedo se añade otro, porque conviene saber que Fernando *teme mucho al pueblo*. ¿Puede darse chismear mas innoble, humillacion mas indigna, abatimiento mas degradante? Todavía hay mas: Maria Luisa manifiesta que tanto ella como su esposo *permanecerán siempre aliados de los franceses*, y que *se pondrán á la cabeza de las tropas españolas de que pueden disponer*, no ya para reconquistar el trono para sí (puesto que su único objeto, aun despues de hecha la protesta contra la abdicacion, es retirarse tranquilamente con su amigo) sino *para hacer obedecer á las tales tropas lo que el rey y la reina quieren*, que es **QUE SEAN AMIGAS DE LOS FRANCÉSES.** ¡La Francia! ¡solamente la Francia! Tal es el Dios, tal la patria, tal el todo de Maria Luisa.

Diráse tal vez que cuando así se espresaba la reina y cuando tan vedados resortes tocaba, grave y muy grave debia ser el peligro en que ella y su esposo se vian; pues á no ser así, no era posible que aquella desgraciada señora se arrastrase de un modo tan indigno á las plantas del general francés y á las del emperador, á quien Carlos IV habia tantas veces llamado *el enemigo de su casa*. Cuando así fuera, Maria Luisa debia haber preferido la muerte de manos de sus verdugos (como dicen los autores de la Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España), al degradante medio de acusar á su hijo, aun cuando fuese á sacrificarla, á un general extranjero. ¿Qué diremos, pues, no existiendo semejante peligro? Por mas verdaderos que sean los espantosos rasgos que Maria Luisa atri-

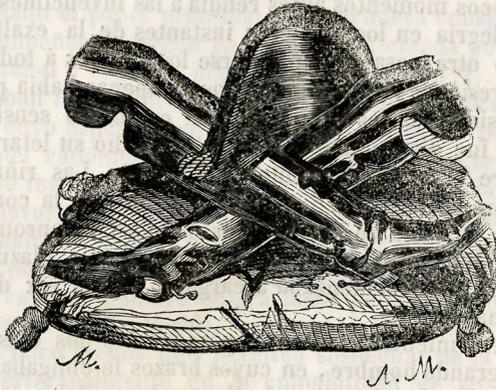
par un trono tan desautorizado en la persona del padre y tan acabado de minar con la conspiracion del hijo. Fernando mientras tanto continuaba en las mas lisonjeras esperanzas de ser reconocido y apoyado por el emperador, sin que por el pronto ni él ni sus consejeros se alarmasen del retraimiento que con el nuevo gobierno observaba Murat, y el mismo embajador Beauharnais, único representante extranjero que no se habia acercado á cumplimentar como rey al que el resto del cuerpo diplomático habia reconocido por tal. El generalísimo frances hacia esparcir con astucia noticias de la próxima llegada de su augusto cuñado, y la nueva córte no parecia tener sus sentidos fijos en otra cosa que en preparar la morada que habia de ocupar el emperador. Erigianse arcos triunfales y se adornaban ostentosamente los salones del Retiro para celebrar fiestas y saraos en celebridad de la llegada del que todavia no habia salido de Paris; pero en cambio habia venido de esta capital un aposentador frances, estudiosamente enviado para acabar de fascinar á la nueva córte, y este presidia y ordenaba tan ridiculos preparativos. En defecto de aviso oficial que indicase la proximidad del Mesias, habian llegado tambien su sombrero y sus botas, enseñándose al pueblo estos objetos cual si fuesen reliquias, y como testimonio inequívoco de ser cierto el rumor esparcido. Tales eran las únicas seguridades que los hombres de Fernando tenian para anunciar formalmente al

huye á Fernando ni este se hallaba en posicion favorable para cometer ante los franceses un atentado contra la vida de sus padres, ni todo lo que dice la reina sobre el particular puede atribuirse á otra cosa que al delirio de su imaginacion exaltada por la culpa y por la intima conviccion en que estaba del escándalo que su desenfreno habia escitado en el pais. «Si el gran duque (decian á este con fecha 1.º de abril) no tiene la bondad y humanidad de hacer que el emperador MANDE PRONTAMENTE hacer suspender el curso de la causa del pobre principe de la Paz, *amigo del mismo gran duque y del emperador y de los franceses*, y del rey y mio, van sus enemigos á hacerle cortar la cabeza en público, y despues A MI, pues lo desean tambien.» Que Godoy corria un riesgo el mas grande, escusado es decirlo; ¡pero correrlo Maria Luisa! ¡correrlo tambien Carlos IV, como se quiere decir en otras cartas! No era hombre Napoleon para sufrir el espectáculo de una testa real separada del tronco por los que habian sido sus súbditos, y harto le constaba á la reina, mas que el miedo, el espanto que Napoleon inspiraba á su hijo.

Por lo demas, y prescindiendo por un momento de la incompetencia del juez, ante el cual elevaba sus quejas, preciso es confesar que aquella señora, si bien recarga el colorido algun tanto, conocia admirablemente á Fernando y á sus consejeros. «Mi hijo (decia al gran duque con fecha 29 de marzo) no sabe nada de lo que tratamos, y conviene que ignore nuestros pasos. *Su carácter es falso: nada le afecta: es insensible y no inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos, y hará todo por la ambicion que le domina; promete, pero no siempre cumple sus promesas..... Mi hijo no quiere al gran duque ni al emperador, sino solo el despotismo.*» «Tiene muy mal corazon (decia en otra carta escrita el 1.º de abril): *su carácter es cruel: jamás ha tenido amor á su padre ni á sus consejeros son sanguinarios: no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre.*»

Siendo demasiado larga la correspondencia de Maria Luisa para que ni aun por via de nota podamos insertarla aqui, el lector podrá consultarla en la obra del conde de Toreno ó en la mencionada *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España* en sus respectivos apéndices. Nosotros concluiremos dejando á cargo del que nos lea calcular de la influencia que estas cartas unidas á la protesta de Carlos IV y á la abyeccion de Fernando y sus consejeros debieron ejercer en la determinacion definitiva del guerrero del Sena. ¿Quién resiste á la tentacion de usurpar un trono cuando los que se sientan en él se muestran tan enviciados y degradados como entonces lo estaba la familia real española? Otra observacion importante, sobre la cual creemos deber llamar la atencion de nuestros lectores, consiste en la circunstancia de haber sido Maria Luisa, y no Carlos, la que así se espresaba. ¿Será tal vez que la carta en que este acusaba de parricida á su hijo, cuando informó á Bonaparte acerca de los sucesos del Escorial, hubiera sido dictada por ella? ¿Será que lo fuese tambien el manifiesto dado al pueblo español con el mismo motivo? Nosotros hemos creido en las lágrimas que el principe de la Paz atribuye á aquella señora, y acaso hubieramos hecho mejor en suspender nuestro juicio (a). De todas maneras, aun cuando Maria Luisa hubiera sido lo que supone la tradicion, la causa de su proceder seria siempre para nosotros la misma que en el caso presente: *su conciencia en la época de la primera conspiración no estaba tampoco tranquila*, y de aquí sospechar en su hijo designios parricidas que, por malo que le supongamos, no tenemos datos bastantes para atribuirle.

(a) Ese llanto, aun siendo real y efectivo, no se opone tampoco á nuestra sospecha. Amenazada la reina cuando los sucesos del Escorial de perder su influencia y su crédito con su esposo si este daba crédito á las acusaciones de Fernando, pudo muy bien ratificar á Carlos en la idea de estar en peligro los dos consortes, con el solo objeto de mantenerse ella en el poder al abrigo de la desconfianza del padre, rompiendo despues en llorar cuando amenazada la cabeza del hijo, observó que las cosas podrian ir mas lejos de lo que en un principio se prometia. La historia aclarara con el tiempo este y otros misterios del reinado de Carlos IV.

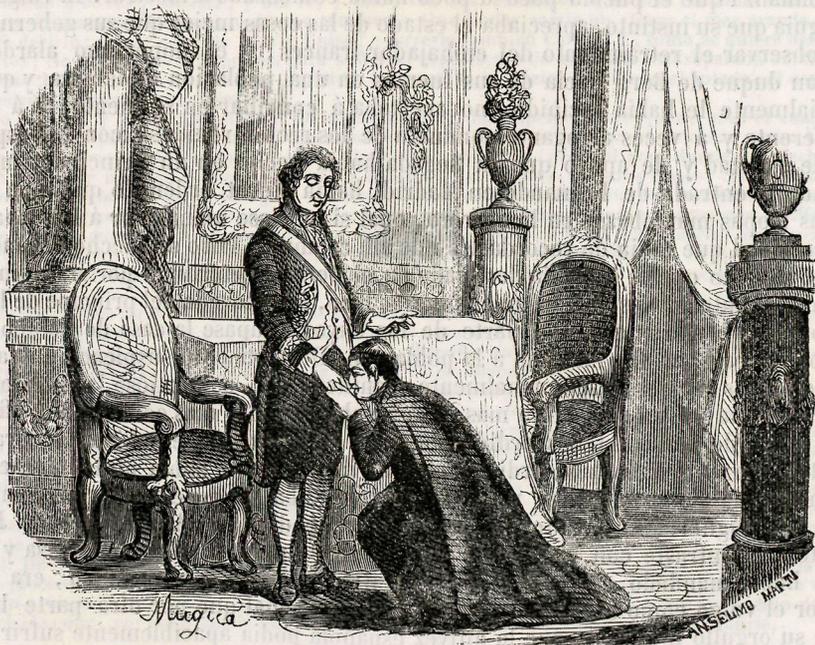


público, con fecha 24 de marzo, la llegada de Napoleon á Madrid á los dos dias y medio, ó á los tres cuando mas.

La ceguedad de los fernandistas contrastaba notablemente con los recelos y la desconfianza que el pueblo poco á poco habia comenzado á mostrar. El vulgo, sin mas guia que su instinto, apreciaba el estado de las cosas mejor que sus gobernantes; y al observar el retraimiento del embajador frances, y el inoportuno alarde que el gran duque de Berg hacia de sus fuerzas en una poblacion inofensiva y que tan cordialmente le habia recibido, no acertaba á conciliar en su mente la á veces indiferente y á veces arrogante conducta de los recién venidos, con las esperanzas de amistad y de apoyo que su llegada habia hecho en un principio concebir. Cuando la entrada de Fernando en Madrid, habia Murat ordenado que una parte de sus tropas maniobrara en la carrera, cual si quisiese manifestar á los españoles la necesidad que tenia de recordarles que allí estaba él. Poco satisfecho despues con el alojamiento que se le habia destinado en el Retiro, determinó por sí, y sin contar con las autoridades, trasladarse, como lo hizo, á la morada del principe de la Paz; disponiendo tambien que una parte de los suyos ocupase la casa de Campo, donde colocó baterías que miraban á la poblacion. Dispertada la suspicacia de las gentes con estos y otros rasgos igualmente significativos, convirtióse la anterior confianza en una prevencion tanto mas desfavorable, cuanto mas contribuia á afirmarla el recuerdo de los inicuos ardidés con que los franceses se habian apoderado de nuestras plazas fronterizas; ardidés que la imaginacion habia pintado antes con los mas halagüenos colores, y ahora representaba el recelo bajo el punto de vista mas lúgubre. El aparato marcial de los vencedores de Austerlitz y de Jenna, puesto en contraste con el aspecto que ofrecia una poblacion indefensa y de la cual habia mandado el nuevo gobierno retirar la guarnicion española, era mirado por el vulgo como señal de malísimo agüero; señal que por otra parte humillaba su orgullo mas de lo que la altivez española podia apaciblemente sufrir. Desguarnecida Castilla de tropas nacionales por otra disposicion igualmente imprevisora de los fernandistas, y habiendo estos mandado retroceder á Portugal las tropas que Godoy habia hecho salir para proteger el frustrado viaje de la regia familia, iban conociendo las gentes lo espuesto de una tal confianza en medio de aquella multitud de guerreros que tan fácilmente podian abusar de sus armas en perjuicio

del país que así los recibía con los brazos abiertos. El roce con los vencedores de Europa, y el hábito de verlos de cerca habían rebajado en gran parte la admiración que se les tributaba de lejos; contribuyendo la atenta observación de aquella especie de culto que pocos momentos antes rendía á las invencibles cohortes. La ebriedad de la comun alegría en los primeros instantes de la exaltación de Fernando no había permitido otra cosa que entregarse los pueblos á toda la locura del regocijo; pero las impresiones fuertes son cortas, y apenas había pasado el primer día, cuando ya la disposición de los ánimos había cambiado sensiblemente. El sentimiento nacional se fue despertando, y con él sacudió su letargo la sabida antipatía que existe entre el carácter español y el francés. Las riñas y disputas entre los paisanos y los imperiales sucedieron bien pronto á la cordialidad del recibimiento que á estos acababa de hacerse, habiéndose comprometido notablemente la tranquilidad en Madrid con la que tuvo lugar en la plazuela de la Cebada el día 27 de marzo. La nube comenzaba á cargarse, y en vez de conjurarla Murat, la hacía cada día mas densa.

El nuevo gobierno mientras tanto via pasados los dos días y medio prefijados para la venida del grande hombre, en cuyos brazos le obligaba á entregarse su poco tranquila conciencia. La elevación de Fernando se debía á un tumulto, y cuando tanto había contribuido Beauharnais al éxito de la conjuración, no dejaba al fin de chocarle la estraña conducta de este, si bien la atribuía, lo mismo que la de Murat, á falta de instrucciones de su soberano. Puestos entre la espada y la pared, empezaban los triunfantes conspiradores á abrigar en sus almas los recelos en que el pueblo los había precedido, cuando la llegada de Escoiquiz el día 28 de marzo vino desgraciadamente á renovar la confianza en aquellos ilusos. Confinado



LLEGADA DE ESCOQUIZ.

el maestro de Fernando al convento de Tardon, con motivo de la causa del Escorial,

no bien recibió la órden en que se le alzaba el destierro, cuando corrió exhalado á felicitar á su alumno y á ocupar la plaza de consejero de Estado, con la cual y con la cruz de Carlos III premi6 el nuevo rey los servicios del que cinco meses antes hubiera con gusto enviado á la horca, á trueque de salvar su cabeza. Escoiquiz habia desempeñado el papel principal en la primera conspiracion abortada; y era justo que lo desempeñase tambien en la situacion creada por la segunda, y que gracias á su intervencion y consejos debia abortar tambien (1).

Deliberando estaban los hombres de Fernando sobre lo incierto y anómalo de las circunstancias, cuyo aspecto comenzaba á ponerlos de mal humor, cuando alzándose el bueno del can6nico, tom6 la palabra y jur6les ser demencia y delirio desconfiar un solo instante, cuando tantas seguridades tenia 6l de la realizacion de su pensamiento favorito, el del enlace de Fernando con una princesa de la familia imperial. Lo malo era que el iluso eclesiástico no tenia las seguridades de que hablaba, ¿pero c6mo temer, ni aun remotamente, que un plan concebido por tan bien organizada cabeza, pudiera desgraciarse jamás? Pero no fue la presuncion, con dominar tanto en 6l, la sola que cegó á Escoiquiz. Si el arcediano de Alcaráz consideraba poco menos que herético sospechar de la buena fé de Napoleon, eso consistia principalmente en la culpabilidad de su anterior conducta. Desconfiar del gefe de la Francia era lo mismo que escitar su cólera, y ponerle en la tentacion de favorecer, con sinceridad ó sin ella, la causa del monarca destronado. ¿Qué podia esperar en tal caso el que tanto se habia señalado como conspirador contra un rey, cuya reaparicion en la escena política no era del todo imposible? ¿Qué suerte podian prometerse los demas consejeros de Fernando? ¿Qué porvenir, por último, era capaz de lisonjear á Fernando mismo, si tenia la desgracia de desmerecer el apoyo del emperador? Esta consideracion espantosa preponder6 sobre las demas, debiéndose á ella casi exclusivamente la humillacion y desdoro del nuevo gobierno ante el hombre temido cuyo fallo en aquella crisis era cuestion de vida ó muerte para tantas conciencias turbadas. Solo asi puede esplicarse el por qué de tantas miserias en una c6rte cuyos principales sujetos, siendo superiores en inteligencia al malhadado clérigo que nos ocupa, cedieron sin embargo á su voto. Los duques del Infantado y San Carlos que compartian con 6l la nueva privanza, no eran en verdad tan negados como algunos escritores han supuesto. Infantado en particular podria rechazar con razon la nota de ánimo flojo y distraido que el conde de Toreno le atribuye; pero los talentos son nada cuando el pecho no late tranquilo. ¿C6mo negar tampoco una porcion de bien organizadas cabezas al ilustre consejo de Castilla? Pero ese consejo habia prevaricado cuando los sucesos del Escorial, formando causa comun con los conspiradores desde el momento mismo en que pronunci6 su sentencia; y esto sentado, ¿qué suerte podian tampoco prometerse los magistrados que en ella habian intervenido, si la causa de Carlos vencia? Queda, pues, explicado el motivo de aquella ceguedad sin ejemplo. Los lectores no deben perderlo de vista: sin 6l no es posible concebir c6mo un gobierno que tan poderosamente contaba con el apoyo de la opinion pública, sigui6 sin embargo arrastrándose á las plantas de Napoleon, con mas humillacion todavia de la que tan menguadamente habia caracterizado al gobierno anterior.

Antes de tener Bonaparte noticia de los sucesos de Aranjuez, habia contestado á las gestiones de Izquierdo sobre las especies *proponibles*, mandando entregarle el 25 de marzo una nota verbal en que se espresaba la irrevocable resolucion del emperador de proceder á un arreglo con la c6rte de España bajo las cua-

(1) Uno de los primeros consejos de Escoiquiz fue inclinar el ánimo de su regio alumno á vindicar la memoria de ambos, y la de los demas conspiradores de la causa del Escorial, dando de ella una idea contraria á la que por el manifiesto de Carlos IV podia haberse formado. Esto irrit6 mas al anciano monarca, segun se ve por las quejas que eleva María Luisa á Murat, calificando de falso lo que dicen los fernandistas. Asi se echaba leña al fuego y se abria mas el abismo que á todos los debia sumir.

tro bases siguientes: *Primera*: comercio libre entre las colonias españolas y francesas, pagando en estas, el español como si fuese frances, y el frances en aquellas como si fuese español, los derechos que á los naturales se exigiesen en sus respectivos países, sin que ninguna otra nacion sino la francesa pudiese obtener de España la mencionada prerogativa, ni otra que la España pudiera conseguirla de Francia. *Segunda*: la cesion de Portugal á España, recibiendo la Francia un equivalente en nuestras provincias contiguas al imperio. *Tercera*: el arreglo definitivo de la sucesion al trono de España. *Cuarta*: hacer un nuevo tratado ofensivo y defensivo de alianza, estipulando el número de fuerzas con que deberian ayudarse reciprocamente ambas potencias.

Izquierdo desde Paris dirigió el 24 de marzo este *ultimatum* de Napoleon al príncipe de la Paz, acompañando el pliego con varias reflexiones que hacian honor á aquel agente, y manifestando la premura con que el emperador queria que se procediese en asunto de tanta importancia. El preámbulo de las bases era amenazante y siniestro, no pudiendo haber la menor duda en que si Carlos IV se resistia á otorgarlas, estaba Napoleon resuelto á no desistir de su empeño. El mencionado pliego fue escrito cuando no era rey Carlos IV; pero Izquierdo ignoraba su caída, y la elevacion de su sucesor. Venida la comunicacion á manos de Ceballos, ni á este ni á Fernando, ni á ninguno de sus consejeros podia serles dudoso el inminente riesgo que España corria en aquella crisis terrible; pero el pliego contenia una especie relativa al casamiento de Fernando con la anhelada princesa imperial, dando la boda como cosa confidencialmente convenida con Izquierdo, aun cuando debia ser objeto de un arreglo particular é independiente del convenio á que se referian las bases. Nada mas á propósito para calentar la cabeza de Ezcoiquiz. Su plan parecia aprobado: ¿qué importaba todo lo demas? El mayor mal que de Napoleon podia recelarse consistia á lo sumo en el trueque de las provincias mas allá del Ebro por el reino de Portugal, y esto era para Ezcoiquiz sacrificio bien pequeño en comparacion de las ventajas que las tales bodas debian producir. Fija su mente en esta idea, consiguió arrastrar en su pos á todo el consejo; y sin reflexionar que la caída de Carlos IV podia muy bien contribuir á que Napoleon se considerase libre de todo empeño con el nuevo monarca, no pensaron en otra cosa que en complacer al hombre de cuyo apoyo esperaban su mantenimiento en el mando, aun cuando fuese necesario comprarlo á costa de la desmembracion de la monarquía.

Murat mientras tanto proseguia en su retraimiento, sin dignarse visitar á Fernando, ni aun por mero cumplido. Ese proceder desdeñoso no impedia que los hombres de Fernando VII se esmerasen en agasajarle, revelando mas de lo conveniente el temor que abrigaban sus pechos. Dos años antes habia manifestado Napoleon deseos de poseer la espada que Francisco I habia rendido á Carlos V en los campos de Pavia; y el príncipe de la Paz, en medio de su deferencia á las insinuaciones de la Francia, se habia negado á entregar aquel monumento de nuestras antiguas glorias. Murat manifestó los mismos deseos á los hombres de Fernando, y estos se prestaron gustosos á la insinuacion del gran duque. Estraida la espada de la Armeria real el dia 31 de marzo, colocóse sobre una bandeja de plata, cubierta de un riquísimo paño, en el testero de una carroza de gala, y fue llevada con gran ceremonia á la casa del marqués de Astorga, donde estaba alojado Murat, siendo entregada en manos de este, junto con una carta de Fernando, por el mencionado marqués en calidad de caballero mayor. Al ver la sombra de Carlos V, desde la morada de los héroes, aquella escena de humillacion y vilipendio, hubiera podido muy bien prorumpir en los indignados versos que Quintana atribuye á Felipe:

«¡ A la Francia! ¡ á esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mia!»



ENTREGA DE LA ESPADA DE FRANCISCO I.

El generalísimo francés, de acuerdo sin duda con las instrucciones secretas que al efecto debería enviarle su amo, insinuó á los consejeros del nuevo rey lo conveniente que sería salir este al encuentro de Napoleon, para darle en ello una prueba de confianza y cariño. A los pocos momentos de haber Fernando subido al trono, había salido ya una embajada, compuesta de los duques de Medinaceli y de Frias y del conde de Fernan-Núñez, con objeto de recibir y cumplimentar al grande hombre, á quien se suponía no solo en camino, sino próximo á la capital; pero esto no bastaba á llenar las tenebrosas miras del emperador. El plan era sacar de España á sus príncipes, y deseoso Murat de ponerlo en ejecución, hizo la insinuación mencionada, aunque de una manera indirecta. Pareciéndole luego demasiado atrevida esta especie, propuso en su lugar que marchase el infante D. Cárlos, y conviniendo en ello la corte, se verificó su salida el día 5 de abril en compañía del duque de Híjar, de D. Pedro Macanaz y de D. Pascual Vallejo, no sin dejar pensativa á la población, cuyo recelo hacía los franceses iba creciendo de día en día. Habiase dicho al infante que hallaría á Napoleon en Burgos, y no le halló sin embargo, cosa que no dejó de extrañar la comitiva; pero no creyendo posible que el gran duque de Berg les hubiese mentido, prosiguieron adelante en su marcha, haciendo alto en Tolosa, sin atreverse, como la embajada anterior, á entrar desde luego en el territorio francés.

Vista por Murat la condescendencia del gobierno español en haber enviado al

infante, y conociendo el miedo que tanto á Fernando como á sus prohombres causaba la idea de un juicio desfavorable por parte de Napoleon sobre los últimos acontecimientos, volvió á indicar diestramente la conveniencia de salir al encuentro de su augusto amo el mismo Fernando en persona. El embajador Beauharnais unió sus ruegos á los del generalísimo, pintando aquel paso como el mas á propósito para inspirar al embajador confianza en el nuevo gobierno. La corte no sabia qué hacerse, y los consejeros del rey estaban divididos. El ministro Ceballos y los duques del Infantado y San Carlos eran de opinion que, pues el infante no habia conseguido encontrar al que tantos dias atrás se suponía en España, el rey no debía dejar su corte hasta que la entrada del gefe de la Francia en el territorio español se supiese de oficio. Escoiquiz sostenía lo contrario, tachando de exagerados tales recelos, y no acertando á concebir cómo despues de lo que él tenia hablado, habia quien dudase un momento del feliz y venturoso éxito que aquello debía tener. La llegada del general Savary, ayudante de Napoleon, terminó la vacilacion de la corte. Era Savary uno de los hombres mas diestros entre los artificiosos cortesanos del guerrero del Sena, y conociendo este sus felices disposiciones para dar completa cima al ardid, habia tenido buen cuidado en enviarle á la capital de España con las instrucciones competentes. Llegó, pues, Savary bien dispuesto, y solicitando de Fernando ser oido en audiencia particular, manifestó que venia con encargo de sondear sus sentimientos respecto á la Francia, añadiendo que si estos eran iguales á los de Carlos IV, no tendria el emperador inconveniente en reconocer al hijo por rey de España y de las Indias, prescindiendo enteramente de los medios á que habia recurrido para adquirir su elevacion. Tan artificiosas palabras no podian menos de hacer caer en el lazo á Fernando y los suyos, y mas siendo las primeras que oían, al cabo de tanta incertidumbre en lo tocante al reconocimiento. Observado por Savary el buen efecto que su arenga habia producido, deslizóse sagazmente á la especie de la salida del rey, diciendo que la mayor prueba que podria tener Napoleon de sus amistosos sentimientos, consistia en verificarla (1), y añadiendo por último que Napoleon á aquellas horas debía de estar en Bayona y salir al momento para España, por lo cual podria Fernando encontrarle en Burgos, siendo su viaje asi de cortísima duracion.

(1) Los consejeros de Fernando podian haber contestado á Savary que era bien extraño y chocante tratase de sondear los sentimientos de la nueva corte respecto á la Francia, cuando tan patentes habia cuidado de ponerlos desde los primeros instantes de la elevacion de su gefe. Digalo sino el documento que á continuacion trascribimos, y digase si podiamos lisonjearnos de haber ganado, con la caida del anciano rey, en espíritu de independencia nacional.

«Don Bartolomé Muñoz de Torres del consejo de S. M., su secretario escribano de cámara mas antiguo y de gobierno del consejo.

«Certifico que por el Excmo. Sr. D. Pedro Ceballos, primer secretario de Estado y del despacho, se ha comunicado al Ilmo. Sr. decano gobernador interino del consejo la real orden siguiente:

«Ilmo. Sr.: Uno de los primeros cuidados del rey N. S. despues de su advenimiento al trono ha sido el participar al emperador de los franceses y rey de Italia tan feliz acontecimiento, asegurando al mismo tiempo á S. M. I. R. que animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo mas mínimo el sistema político con respecto á la Francia, procurará por todos los medios posibles estrechar mas y mas los vinculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsisten entre la España y el imperio frances. S. M. me manda participar á V. I. para que publicándolo en el consejo proceda el tribunal á consecuencia en todas las medidas que tome para restablecer la tranquilidad pública en Madrid, y para recibir y suministrar á las tropas francesas que estan dispuestas á entrar en esa villa todos los auxilios que necesiten; procurando persuadir al pueblo que vienen como amigos, y con objetos útiles al rey y á la nacion. S. M. se promete de la sabiduria del consejo, que enterado de los vivos deseos que le animan de consolidar cada dia mas los estrechos vinculos que unen á S. M. con el emperador de los franceses, procurará el consejo por todos los medios que esten á su alcance inspirar estos mismos sentimientos en todos los vecinos de Madrid. Dios guarde á V. I. muchos años. Aranjuez 20 de marzo de 1808.—Pedro Ceballos.—Señor gobernador interino del consejo.»

«Publicada en el consejo pleno de este dia la antecedente real orden, se ha mandado guardar y cumplir; y para que llegue á noticia de todos se imprima y fije en los sitios públicos y acostumbrados de esta corte. Y para el efecto lo firmo en Madrid á 21 de marzo de 1808.—Don Bartolomé Muñoz.»